

Julián Rebón

**La Empresa
de la
Autonomía**

**TRABAJADORES
RECUPERANDO
LA PRODUCCIÓN**

COLECTIVO EDICIONES / EDICIONES PICASO
Colección andamioS
Ciencias Sociales

Editores responsables: Rubén Perez y Jorge Cresto
Diseño de tapa y libro: Pablo Rebón

ISBN 978-987-23715-0-0

 COLECTIVO EDICIONES/ PICASO

Buenos Aires; República Argentina.
1ra edición. Agosto de 2007
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina- Printed in Argentina.

Índice

Nota aclaratoria y agradecimientos	5
Prólogo: La especie como formación social	7
Introducción	17
Capítulo I Elementos exógenos y endógenos del avance sobre la producción	35
Capítulo II Desobedeciendo al desempleo	67
Capítulo III Trabajando sin patrón ¿Un taller sin cronómetro?	141
Capítulo IV La conciencia obrera	193
Conclusiones	225
Bibliografía	247

Nota aclaratoria y agradecimientos

Este libro es el resultado de mi tesis doctoral en Ciencias Sociales, de la Universidad de Buenos Aires, dirigida por el Prof. Juan Carlos Marín y defendida en abril de 2006 con la calificación de Sobresaliente Suma Cum Laude con recomendación de publicación. Conviene aclarar que, posteriormente a su defensa, sólo se hicieron las correcciones necesarias para adaptarla al formato libro. Muy tentado estuve de actualizar algunos datos e incorporar al libro las transformaciones emergentes del proceso en el período actual. Sin embargo, dos razones me llevaron a desistir de tal tarea. Por una parte, empezar la actualización era comenzar a construir otro libro, resultado de una nueva investigación, no ya centrada en la sociogénesis de la recuperación de empresas sino en las transformaciones emergentes posteriores al momento más alto del ciclo del proceso¹. Por la otra, consideré que las principales tensiones y tendencias señaladas en las conclusiones de la tesis se correspondían con lo que posteriormente tendió a ocurrir con las recuperaciones.

Hechas estas aclaraciones, conviene señalar también que más allá que la responsabilidad de este libro es de quien lo firma, constituye el resultado de un proceso que trasciende en mucho a su autor. Como tal, es fruto de un trabajo colectivo desarrollado en el ámbito del Programa de Investigación sobre Cambio Social (PICASO), en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires y del Taller sobre Cambio Social de la carrera de Sociología². Proceso nutrido por el trabajo y discusión con diversos amigos y colegas, entre los cuales no puedo dejar de nombrar y agradecer a Gustavo Antón, Leila Abduca, Julio Ithurburu, Laura Bernasconi, Matías

1 Tarea que actualmente emprendemos en el UBACYT “Transformaciones emergentes en el proceso de recuperación de empresas”.

2 El mismo se desarrolló en el marco del proyecto UBACYT “Sociogénesis y desarrollo del proceso de recuperación de empresas”. Avances preliminares de este proyecto fueron publicados bajo el formato libro en *Desobedeciendo al desempleo* (Rebón: 2004) y como libro de divulgación en *Las empresas recuperadas. La autogestión de los trabajadores* (Rebón y Saavedra: 2006).

Gomar, Gustavo Quintana, Verónica Pérez y Leandro Caruso, así como a las distintas cohortes de alumnos del citado taller que colaboraron en la empresa. En esta dirección, fue invaluable el aporte desde su reflexión solidaria de diversos protagonistas de las recuperaciones de empresas. Entre ellos, el de mi amigo Nacho Saavedra, quien fuera un gran promotor de esta investigación y un interlocutor de lujo durante su desarrollo. Una mención especial se merecen Jorge Cresto, Damián Pierbattisti y Rodrigo Salgado quienes solidariamente han tenido la invaluable tarea de corregir el borrador de este trabajo, enriqueciendo al mismo con sus pertinentes sugerencias de forma y contenido. También a Pablo Rebón quien con su ilustre diseño ha hecho más agradable el presente libro.

No quería tampoco ahora, en esta nueva etapa, perder la oportunidad de agradecer a mis padres por haberme inculcado, casi desde la cuna, el amor por el conocimiento y por nutrir de una solidaridad incondicional mi vocación y mis proyectos.

Por último, quisiera dedicar este libro a mi maestro Lito Marín. Por haber colaborado solidariamente en mi formación, convocándome al placer intelectual de emprender la aventura de la investigación y la determinación de la reflexión autónoma. Porque en todos estos años, nuestros encuentros, y aun nuestros desencuentros, fueron para mí una fuente inagotable de aprendizaje. Por eso estas páginas van dedicadas al maestro con cariño.

Prólogo

La especie como formación social

El cambio y la innovación social entendidos en la perspectiva del desarrollo de procesos de larga duración que generan nuevas relaciones sociales representan el horizonte teórico que guía este libro.

Pensar el cambio social en la larga duración es partir de un producto del desarrollo evolutivo biológico: la especie humana. La misma es el resultado, no predeterminado en un inicio, de innumerables, y aun parcialmente desconocidos, sucesivos procesos de diferenciación y de homogenización de la materia orgánica preexistente. Nuestra especie demostrará en el transcurso de su historia una enorme capacidad para desarrollar el ámbito social, para construir interacciones entre sus individuos que trascienden lo orgánico e instintivo. En un prolongado proceso evolutivo, la especie humana constituyó diferentes formas de cooperación, comunicación, elaboración cognitiva e intervención sobre la naturaleza. El desarrollo alcanzado en la transmisión cultural de sus propias adaptaciones conformará un importante plus adaptativo. El mismo le permitió una acumulación histórico-cultural que potencia su capacidad de acomodación al medio-ambiente y de asimilación del mismo, facilitando su reproducción ampliada a lo largo del planeta y, recientemente, más allá de este. En esta dirección, al desarrollar el territorio social, irá descentrándose de lo estrictamente natural, conformando regulaciones sociales que trascienden a los ritmos naturales como forma de ordenamiento de su existencia, humanizando su identidad y la del medio ambiente a partir del dominio y transformación de la naturaleza³.

³ El desarrollo de su capacidad productiva es un indicador de este proceso de creciente “autonomización de la naturaleza”. Esta fuerza material de producción es capaz de prolongar la expectativa de vida de los individuos de la especie, así como alterar, cada vez más conscientemente, la reproducción de diversas especies. Paradójicamente, esta capacidad de vida es hipotéticamente también capacidad de sembrar la muerte. El peso de su acción sobre el medio ambiente cobra tal relevancia que el planeta

La evolución de la especie, en sus múltiples dimensiones, fue conformando distintas *formaciones sociales*, diferentes modos de organizar las relaciones intra e inter especie, así como con el resto de la naturaleza. Como señala Marx en *Las formen* (1992), se configuran diferentes tipos históricos de sociedad estructurados con base en las formas que asume la apropiación de la realidad social y natural. Paralelo a la producción de condiciones de vida, se desarrolla el ámbito de la producción y/o reproducción de relaciones sociales, el campo de las fuerzas sociales y políticas. La producción de condiciones de vida y la producción de relaciones sociales, junto a sus relaciones de implicación con el ámbito de las concepciones del mundo o cultura, conforman una totalidad que, en su articulación dinámica y contradictoria, nos permiten entender el mecanismo central del cambio social.

En la perspectiva de Marx, las formaciones sociales para reproducirse se expanden y es en dicha expansión que desarrollan contradicciones inmanentes. Al expandirse una formación, su estructura empieza a encontrar problemas para mantener su continuidad funcional. Su capacidad de producir entra en contradicción con su capacidad de organizar la producción, y, casi en simultáneo, su organización de la producción entra en contradicción con su ordenación de la reproducción de las relaciones sociales. El efecto de estas contradicciones es el desenvolvimiento creciente de la puesta en crisis de las heteronomías desarrollando procesos de autonomización que pueden sentar las bases para nuevas formas de articular e instituir el ámbito social⁴.

En las formaciones pre-capitalistas, el objetivo al que tiende el conjunto social es producir valores de uso para la conservación de la comunidad, para reproducir identidades específicas de hombres. A diferencia de las formaciones que lo preceden, el capitalismo no tiene como función reproducir al hombre a través de valores de uso sino la producción y reproducción del capital mediante valores de cambio (Marx: 1992).

El origen de esta formación social lo encontramos en la entrañas del régimen feudal en Europa occidental. Alrededor del siglo XI comienza la sociogénesis de un largo proceso evolutivo que se desarrolla en la direccionalidad de conformar como *función de la estructura social la acumulación de capital*. Esta transformación iniciada por la burguesía no

puede transformarse radical y catastróficamente como resultado de su propia acción. Si la vida de los primeros hombres dependía de su frágil relación con el medioambiente sobre el cual prácticamente carecían de incidencia, hoy, el medioambiente planetario y su frágil equilibrio es cada vez más resultado de la acción humana. Así, la supervivencia de la especie, y con ella la del planeta tal como hoy lo conocemos, depende de la relación que esta establece consigo misma y con el medio.

4 Con autonomización nos referimos a la conformación de nuevos grados de libertad para una identidad. En tal sentido, nada nos dice dicha conceptualización acerca de la forma que entra en crisis la heteronomía preexistente ni del carácter social de la "autonomía" resultante.

asumió una forma lineal en su desarrollo. Estuvo plagada de retrocesos y estancamientos, pero conformará como tendencia una creciente hegemonía de la burguesía en los distintos ámbitos de lo social, así como que este grupo social tienda a asumir un carácter capitalista⁵. Recién alrededor del siglo XVIII el capitalismo comenzará a subordinar a otros modos productivos (Romero: 1989).

Una particularidad como formación social del capitalismo es su vocación universalista. Su desarrollo presupone tendencialmente la articulación creciente de toda la especie. A mediados del siglo XIX, el capitalismo logra instalarse como la forma social dominante a escala mundial⁶.

Este carácter universalista reside en la estructura básica que ordena la formación social: la reproducción ampliada del capital. Esta estructura asume diferentes formas y modalidades en las distintas etapas de su historia como formación social. Pero opera permanentemente con una doble mecánica: *formación primaria de capital* basada en la *expropiación* de condiciones de existencia de las poblaciones y la materialización de la *acumulación capitalista* propiamente dicha basada en la *explotación* de la fuerza de trabajo asalariada. Mediante estos operadores, desarrolla tendencialmente una expansión extensiva incorporando nuevos territorios y nuevos espacios de acción; así como intensivamente conformando más plenamente como subsunción real los espacios sociales ya previamente dominados. Estas tendencias conducen a que por primera vez en la historia humana una formación social tiende a representar la acumulación de toda la especie. Más aun, la renovada relevancia de la tecnología y del conocimiento en el capitalismo actual no es otra cosa que la creciente capacidad de este modo productivo de expropiar y valorizar acumulaciones históricas de

5 El desarrollo del poder social de la burguesía se va a expresar crecientemente en la conformación de un poder político acorde al mismo. Esta conformación tendió a asumir un carácter revolucionario cuando el desequilibrio entre el poder social y el político de esta clase social se encontró con un régimen incapaz de admitirlos de forma institucional compartiendo los privilegios o, en su defecto, incorporarlos subordinadamente pero garantizándoles concesiones. La alta tensión emergente por estos obstáculos institucionales generó situaciones de inestabilidad que cuando se combinaron con una estructura de oportunidades políticas favorables desembocaron en procesos revolucionarios. En otros casos, cuando el régimen institucional fue capaz de auto-transformarse gradualmente, esta transición asumió una forma transaccional a partir de reformas que eliminaron las asincronías.

Este proceso no asumió una forma lineal. Como ejemplificación podemos referirnos a los movimientos anti-patricios del siglo XIII. En este período la burguesía se mostró incapaz de mantener el poder político alcanzado en las ciudades al carecer de un esquema institucional que representara a su interés general. El patrimonialismo tradicional fue incapaz de estabilizar políticamente un orden de alta movilidad social. El orden social permanentemente producía “nuevos burgueses” que tenían que confrontar con los “antiguos burgueses” poseedores del poder político, quienes usaban el aparato institucional para la defensa de sus privilegios de grupo. La inestabilidad institucional resultante condujo a que la burguesía renunciara al poder político a cambio de ejercer con garantías su poder económico (Romero: 1989). Varios siglos después, encontró en el Estado racional-burocrático su esquema político de dominación.

6 Esto no significa que no sigan coexistiendo junto a él otros modos productivos, pero sí que estos pasan a estar subordinados y articulados por el capitalismo.

toda la especie. Paradójicamente, sus individuos sólo importan en tanto sean capaces de realizar las tareas necesarias para desarrollar dichas valorizaciones.

En la etapa actual de mundialización del capital, cuando la creciente hegemonía del capital financiero pone en crisis las instituciones políticas y sociales nacionales, los costos sociales y ambientales de la formación social se acentúan (Chesnais: 2006). Una de sus contradicciones inmanentes como formación social, la asincronía entre su capacidad de expropiar y su capacidad de asalariar a las poblaciones expropiadas, adquiere un nuevo desarrollo⁷. Crecientemente la subutilización de la fuerza de trabajo y el desarrollo del pauperismo en diferentes localizaciones territoriales es la contrapartida de la producción de riqueza global. La conversión del dinero en más dinero –el atesoramiento racional– cómo lógica de acción de un orden social, jerarquiza al capital, un producto humano, desvalorizando al ser humano.

Se trata de un proceso “ciego” (Elías: 1996), en el cual la acción racional de diferentes sujetos se desarrolla en condiciones de la ausencia de una planificación racional de conjunto. La irracionalidad sistémica, la imposibilidad del control consciente de la totalidad social, caracteriza a sus formas de equilibración. En el mercado capitalista encontramos una forma de esta regulación social sistémica. En el mismo, la producción de valores de cambio planificada a priori por cada unidad productiva requiere de la validación social en el mercado. La regulación de los intercambios mercantiles tiende a darse a posteriori, de forma no planificada racionalmente. Estos intercambios son regulados por compensaciones parciales, donde el equilibrio entre el valor esperado y el realizado asume un modo inestable. En los períodos “normales”, la forma de alcanzar la equilibración es el desplazamiento gradual de los puntos de equilibrio entre oferta y demanda, en los períodos de crisis el punto de equilibrio cambia bruscamente provocándose un fuerte desacople entre la producción y la absorción con demanda solvente de dicha producción. Así el capitalismo, una forma social compuesta por adición y mezcla de interacciones, encuentra en sus periódicas crisis el mecanismo para su regulación⁸.

7 “Una contradicción inmanente de la *formación social capitalista* es que para crecer debe expropiar las condiciones de existencia de un volumen siempre creciente de poblaciones sin tener al mismo tiempo la capacidad de crear la opción de su conversión en fuerza de trabajo productiva y asalariada. “Empobrece pero no proletariza” sería un modo de describir esquemáticamente y en síntesis esta contradicción inmanente –quizás la más sustantiva– de la formación social capitalista. Cambian los modos en que se produce y se prolonga esta incesante acumulación *primaria* del capitalismo. Es el sentido universalista, de este proceso, lo que le otorga una larga duración como formación social. La producción de riqueza a partir de la producción de pobreza es una necesidad del capitalismo como formación social y a su vez las condiciones de su desaparición” (Marín: 1998, p. 3).

8 Como señala J. Piaget (1988), lo social representa una totalidad concreta, un sistema de interacciones. Dicho sistema se compone de dos fuentes: la composición aditiva y lógica de las interacciones en

La crisis representa también la forma de crecimiento del capitalismo. Es el mecanismo que le permite eliminar obstáculos, reorganizando el sistema, potenciando un nuevo ciclo de acumulación. Pero también, sobre todo cuando asume sus formas más intensas, las denominadas “crisis generales”, genera contradicciones de muy diversos órdenes y escalas cuya resolución inmediata no tiene, necesariamente, un carácter capitalista. Así la crisis producto de la expansión de esta formación social y espacio de expansiones futuras es también el ámbito para el desarrollo de innovaciones sociales.

Precisamente, la historia del capitalismo es también la historia de las luchas contra sus efectos sociales. Desde el momento mismo que se alcanza el triunfo pleno del orden burgués se genera un cuestionamiento ético e intelectual del orden social (Romero: 1989). De diversas formas, ciertas identidades constituyen la toma de conciencia, la construcción de grados crecientes de conocimiento, de la necesidad de eliminar el carácter social capitalista de las relaciones sociales como tarea imprescindible para la superación de sus efectos inhumanos (Romero: 2006). Nutridas por el disentimiento con la situación existente conforman en base a sus experiencias y esquemas de análisis una contra-situación ideal, una irrealdad pensada como posible y vivida como necesaria, un horizonte alternativo que guíe la lucha por transformar la realidad. A veces latente, otras veces manifiesta, esta *conciencia crítica* representará la contracara cultural del desarrollo de la formación social. Alimentará con sus utopías diversas luchas que, aun cuando no alcancen los objetivos planteados, desencadenarán cambios en el orden social⁹.

En ocasiones el énfasis de las acciones nacidas de esta conciencia crítica estuvo en la necesidad de reformas parciales y en la construcción de espacios no capitalistas como el camino progresivo hacia la construcción

juego y la mezcla probabilística de las interacciones.

En la primera vertiente, se compone de forma coherente, racional y normativa como en el derecho y el pensamiento científico. En la segunda, está compuesto por la compleja interferencia de los resultados más o menos probables que articulan distintas historias sin composición lógica. La sociedad actual es una solución de compromiso entre dos tipos de relaciones. En un extremo, interacciones regulares, polarizadas por normas y obligaciones; en el otro, la totalidad social constituye una mezcla de interacciones que se interfieren entre sí.

En tal sentido, el cambio social no depende solamente del punto precedente, no se puede predecir en particular dado que no solamente hay secuencias de procesos sino también interferencias. La historia de un sistema estadístico determina las formas ulteriores de equilibrio si lo que se trata es prever la forma probable de equilibrio pero no los detalles. En un sistema que no es adición, lo fortuito excluye el paso unívoco de lo diacrónico a lo sincrónico en lo que concierne al detalle de las relaciones. Así el cambio social asume la forma de sucesión de desequilibrios y equilibrios imprevisibles en detalles.

9 Con el concepto utopía queremos destacar el vector de cambio que estructura este conjunto de ideas, no realizar un análisis de su plausibilidad o adecuación a la realidad. Entendidas de este modo, las utopías convocan a una crítica al orden existente, planteando que lo existente puede ser transformado. En tal sentido proponen la posibilidad de conformar como “realidad” una “irrealidad” deseada. Dicho de otro modo, plantean relaciones que no existen en la realidad concreta pero que potencialmente pueden existir a partir de su transformación.

de un orden social alternativo. A veces se planteó al Estado-Nación como el elemento que motorizaba al cambio; en otras, y no necesariamente de forma excluyente, a la sociedad civil¹⁰. La estrategia reformista de la conciencia crítica se mostró capaz de conformar unidades productivas alternativas, cooperativas por ejemplo, y lograr reformas políticas y sociales democráticas en algunos Estados-Nación. No obstante, fue incapaz de construir un orden alternativo al del capital. En los territorios que logró mayor influencia fue capaz de modificar las formas concretas que asumió la formación social pero no de superarla.

Otras veces, el énfasis estuvo en la necesidad de una revolución como modo de transformar el sistema. En esta última perspectiva, a mediados del siglo XIX, cuando el capitalismo empezaba a consolidarse como formación hegemónica, hicieron su aparición las revoluciones proletarias. Las revoluciones del 48 en Europa representaron la advertencia para la burguesía que iniciar procesos revolucionarios tendría, de ahí en más, como riesgo fomentar la autonomización del proletariado. La burguesía empezó entonces a renunciar a la revolución. La comuna de París demostró para la conciencia crítica que el sueño era realizable, que asaltar el cielo era posible. Aun en su derrota era fuente en lecciones a seguir y en íconos para nutrir los sueños de los revolucionarios.

El siglo XX mostró a los revolucionarios que era posible poner en crisis el carácter capitalista de las relaciones sociales. En la periferia de la formación social, la expansión capitalista desarrolló contradicciones que fueron resueltas a través de formas originales. En estados imperiales en decadencia, como China o Rusia, o en estados periféricos, como Vietnam o Cuba, las contradicciones que enfrentaba la expansión capitalista fueron resueltas de formas no capitalistas por iniciativas ajenas a las clases dominantes.

Las luchas democráticas y antiimperialistas asumieron en simultáneo el intento por conformar un modo productivo alternativo. La doble tarea a enfrentar, democrática-nacional y socialista, fue el desafío presentado ante los revolucionarios. Con distintas formas y particularidades, en una primera etapa estos procesos potenciaron la crisis del capitalismo en sus territorios. Expresaron y alimentaron procesos de autonomización de distintas identidades sociales, descomponiendo las clases dominantes locales, y conformando un fuerte proceso de igualación social y política. En su desarrollo posterior, construyeron un Estado burocrático y de alcance nacional como las clases dominantes no habían podido previamente constituir. También modernizaron, y muchas veces industrializaron, las sociedades alcanzando crecientes grados de autonomía nacional (Skocpol: 1984).

10 Este dilema o tensión acerca del papel del Estado y la sociedad civil en la emancipación social también atravesó a aquellas estrategias políticas que se centraron en la perspectiva revolucionaria.

Pero la realización de estas tareas representó en simultáneo la génesis de procesos de diferenciación social y de expropiación de las autonomías alcanzadas por distintos grupos sociales, configurándose nuevas heteronomías políticas. Paralelamente, los diversos ensayos por conformar un modo productivo no capitalista se mostraron ineficaces en el largo plazo para resolver las necesidades de la población y de sus regímenes. No lograron articular un modo productivo superior al capitalismo. Finalmente, empezaron de diversas formas a integrarse a la expansión capitalista a nivel mundial. Las revoluciones, traicionando los sueños de sus protagonistas, terminaron convirtiéndose en la forma específica mediante la cual el capitalismo resolvió los obstáculos para su expansión en estos territorios. Diversas tareas políticas y económicas para la expansión capitalista fueron resueltas de forma primariamente no capitalista y, más aun, en contra de los capitalistas. Más tarde o más temprano, el asalto al cielo mutó, desde la perspectiva revolucionaria, en un terrenal desencanto.

En esta dirección, América latina en las últimas décadas exhibe la capacidad de los revolucionarios para motorizar las luchas democráticas pero al mismo tiempo la dificultad de trascender el carácter capitalista de la formación social. Nicaragua o El Salvador nos muestran tal paradoja. La misma América latina más reciente nos ejemplifica como muchas tareas democrático-nacionales son ejercidas por iniciativas autonomizadas de las clases dominantes y, más aun, a su pesar. Por ejemplo, la eliminación de los resabios de sistemas de castas, como en Bolivia, o la incorporación a la ciudadanía de sectores excluidos como en Venezuela. Pero también, como ocurrió en el pasado en los momentos más intensos de la lucha democrática, vuelve a aparecer embrionariamente en el plano de la conciencia el desafío de la emancipación social, de construir un modo productivo alternativo a la altura del siglo XXI.

En suma, el desarrollo del capitalismo es inescindible de las luchas contra el capital. Su expansión como formación es la expansión en simultáneo de sus contradicciones diversas. Muchas de las cuales crean espacios de innovación social, de autonomización del orden social, sobre todo en los momentos de crisis. Posteriormente, el orden social tiende a aniquilar, reprimir, cooptar o subsumir los espacios de innovación social utilizándolos productivamente. El capital hegemoniza la formación social pero en un dominio que no es pleno. Buena parte del orden social es resultado adaptativo de formas provisionarias de resolver luchas diversas. Muchas de las instituciones de la sociedad actual. Por ejemplo, la democracia representativa, los sindicatos, el estado de bienestar y el derecho laboral tienen origen en esas luchas. La expansión de la formación social no puede pensarse al margen de las luchas, no puede pensarse ni como la realización

de una mera lógica económica, ni como la mera personificación política de esta lógica. Es la resultante concreta de la mezcla y adición de relaciones de confrontación y de cooperación estructuradas sobre las contradicciones inmanentes de la formación social. *La expansión de la formación social es la forma concreta en que se resuelven los efectos de estas contradicciones sin descomponer el sistema en su conjunto.* La autonomización del orden social no puede ser pensada al margen de su expansión¹¹.

En este marco de procesos de cambio e innovación social de larga duración, producto de la expansión de una formación social, se instala el proceso que abordamos en este libro. El mismo representa la versión en formato libro de mi tesis doctoral sobre el denominado proceso de recuperación de empresas por sus trabajadores en la Argentina.

La reestructuración capitalista en el territorio argentino, la forma específica que asumió su articulación al mercado mundial, desarrolló un intenso proceso de expropiación sin una contrapartida al mismo nivel en la capacidad de valorizar productivamente en el territorio la centralización de capital resultante. La crisis de dicho proceso de reestructuración agudizará a límites impensados los efectos sociales de dicha asincronía. Una inédita crisis social afectó las condiciones de reproducción de diferentes identidades, así como las formas institucionales reproductivas del orden social. En este contexto el malestar social de diversas identidades se expresó en el campo de la disconformidad de forma crecientemente directa –sin mediación institucional– conformando espacios de innovación y autonomización. La recuperación productiva de empresas por sus trabajadores es la resultante del modo en que fueron alteradas por la crisis las diferentes identidades sociales y morales preexistentes, posibilitando las condiciones para nuevas articulaciones. En el caso particular de la producción, este conjunto de procesos altera parcialmente el carácter social de la fuerza de trabajo generando condiciones para una crítica práctica, no deseada previamente por sus protagonistas, al orden socioproductivo. Expresión de una particular distribución social del malestar, este hecho de disconformidad en el campo de la lucha, se prolonga en el campo de la producción como la autonomización necesaria para la reproducción de una identidad social: el trabajador estable. No fue la existencia previa de

¹¹ El contexto actual regional delinea para los procesos de autonomización anticapitalistas una serie de interrogantes a enfrentar: ¿Cómo pensar la emancipación social hoy cuando buena parte de las experiencias e identidades de autonomización al capital mutan en la defensa de la autonomía capitalista nacional o regional? ¿Como pensar la construcción de la autonomía al orden social al margen de la dinámica de las confrontaciones actuales al interior de las clases dominantes? ¿Acaso la autonomía regional no es progresiva para la democratización? Pero al mismo tiempo, ¿no reproduce a un sistema que tiene a la deshumanización como uno de sus elementos intrínsecos? ¿Cómo acumular en el presente para un proceso de larga duración? ¿Cómo hacerlo sin debilitar los cambios democráticos que potencialmente pueda lograr el frente de la autonomía regional? De la respuesta a estos interrogantes dependerá la empresa de la autonomía en la etapa.

una conciencia crítica a la formación social el nutriente cultural central del proceso, aunque la misma existiera en varios de los cuadros políticos involucrados en el mismo, sino el desafío de “recuperar”, o evitar la destrucción, de su identidad social como trabajadores estables. Esta imagen del pasado cercano era añorada, a veces de forma idealizada, al compararla con el presente que enfrentaban. Al rescatar el pasado para desafiar el presente, casi sin pretenderlo, en el campo de la acción configuran un nuevo futuro. Deberán dejar de ser asalariados para preservar su condición de trabajadores, trabajar sin patrón para poder trabajar, innovar socialmente para prolongarse parcialmente en su identidad. La vivencia del trabajo como elemento de dignificación personal, una larga construcción histórica de la formación social, les otorgará legitimidad para desafiar la legalidad cuando esta se convierta en un obstáculo. La acción directa resolverá favorablemente esta tensión entre legitimidad y legalidad, construyendo, en su combinación con mecanismos convencionales, la posibilidad de avanzar en la tenencia de la unidad productiva. En el avance sobre la dirección de la producción acometerán el desafío de construir una cooperación basada en la autonomía. Materializarán, casi sin proponérselo, procesos de autonomización, igualación e innovación. Simultáneamente, se enfrentarán permanentemente con procesos de diferenciación social y construcción de nuevas heteronomías, con la normalización capitalista de la experiencia.

En suma, la empresa de la autonomía será la respuesta esbozada por estos trabajadores al malestar estructurado por el despliegue de las contradicciones inmanentes de la formación social en el territorio argentino. Representará una respuesta no capitalista en condiciones de hegemonía de este modo productivo. Atravesada por dicha paradoja esta difícil empresa afrontará el desafío, por una parte, de prolongar la experiencia más allá de la crisis que la estructuró, por la otra, de enfrentar los procesos de reversión social y normalización capitalista existentes logrando preservar y enriquecer sus innovaciones.

Con base en una extensa investigación empírica presentamos en las páginas subsiguientes nuestro análisis de este proceso de autonomización en el campo productivo, con sus diversas complejidades, contradicciones y desafíos. Para quienes compartimos, en el plano del deseo y de la acción, la convocatoria a superar el carácter capitalista de la formación social no nos es trivial el conocimiento de los procesos de autonomización que en la misma se desarrollan. Construir una cultura teórico-práctica del “*para todos todo*” representa un proceso de larga duración pero un desafío inmediato del campo de la acción autónoma. Consideramos que el conocimiento de estas experiencias de crítica al orden social, como la abordada por el

presente libro, con sus diferentes escalas y envergaduras, puede colaborar en esta empresa. Representan un laboratorio abierto para avanzar en el conocimiento necesario para superar el ensayo-error como guía para la acción y actualizar la conciencia crítica a las condiciones del siglo XXI.

Sabemos que en una totalidad social como la actual, conformada por la mezcla y adición de relaciones sociales, el cambio no se puede predecir en detalle, tan sólo hipotetizar tendencias probables. Sin embargo, estamos convencidos que frente a las profecías basadas en los deseos, el estudio del cambio social puede colaborar en articular nuestros deseos y la realidad. A expensas de la ilusión, el conocimiento puede abonar el principio de esperanza para avanzar en el campo de la práctica de la innovación social.

Somos parte de una especie que ha desarrollado de forma inédita la capacidad de autotransformación y de transformación del mundo. Pero lo ha conseguido a expensas de convertirse en una especie biológica con niveles de agresión intra-especie sin precedentes, que basa su desarrollo en la expropiación, explotación y, si fuera necesario, exterminio, de otra parte de la especie; así como en la caótica vulneración de las condiciones de existencia para la vida en el planeta. Aquí reside nuestra paradoja como especie. Hemos comenzado hace milenios a descentrar nuestra existencia de los ritmos naturales: un largo proceso de construcción social está a nuestras espaldas. Pero la formación social en la que vivimos niega nuestra posibilidad de igualación como género humano, como especie social. En la larga duración, la *formación social de la especie* se nos plantea como nuestro humano desafío.

Julián Rebón
-abril de 2007-